

## **6º. Domingo de Pascua. Año A** **Lectio divina sobre Jn 14,15-21**

---

Consolando a sus discípulos por su sentida ausencia, Jesús promete al Consolador, el Espíritu que el mundo no recibirá nunca: el vacío dejado por Jesús será ocupado por su Espíritu. La ausencia del Resucitado no ha de alimentar nostalgia alguna en el corazón de los discípulos, pues el Paráclito, abogado defensor, que desvela a Cristo permanece en ellos. No es tiempo para dolerse de lejanías cuando se tiene a disposición lo mejor de Cristo. Quien posee este Espíritu puede atreverse a amar a quien le echa en falta: el amor no es la suma de afectos sentidos sino obediencia radical; quien se duele de la ausencia de su Señor, tiene como tarea el cumplimiento de su voluntad. Jesús no ha dejado a los suyos desamparados, pero tampoco desocupados: quien posee el Espíritu en su corazón tiene ocupadas sus manos en la obediencia y su corazón en el amor fraterno.

---

### **En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos:**

<sup>15</sup>«Si me amáis, guardaréis mis mandamientos.

<sup>16</sup>Yo le pediré al Padre que os dé otro defensor, que esté siempre con vosotros, <sup>17</sup>el Espíritu de la verdad. El mundo no puede recibirlo, porque no lo ve ni lo conoce; vosotros, en cambio, lo conocéis, porque vive con vosotros y está con vosotros.

<sup>18</sup>No os dejaré huérfanos, volveré. <sup>19</sup>Dentro de poco el mundo no me verá, pero vosotros me veréis y viviréis, porque yo sigo viviendo. <sup>20</sup>Entonces sabréis que yo estoy con mi Padre, y vosotros conmigo y yo con vosotros.

<sup>21</sup>El que acepta mis mandamientos y los guarda, ése me ama; al que me ama lo amaré mi Padre, y yo también lo amaré y me revelaré a él.»

---

### **I. LEER: entender lo que dice el texto fijándose en como lo dice**

La sensación de desamparo que la comunidad de Juan vivía tuvo que ser profunda e inesperada, por más preparados que Jesús los hubiera dejado antes de partir. Nuestro texto pertenece a ese largo discurso de despedida (Jn 13,1-17,26) con el que Jesús anticipa lo que van a afrontar sus discípulos y les ayuda a superarlo. Su marcha posibilitará nuevas presencias y renovados retornos; de modo algo brusco, si nos fijamos que el tema precedente era la ausencia de Jesús de entre sus discípulos, Jesús promete a los suyos una actuación equivalente a la suya (Jn 14,12-14) y presencias nuevas: del Paráclito (Jn 14,15-17), la suya propia (Jn 14,18-21). Significativo que el texto se inicie y se acabe con idéntico motivo: el amor a Jesús (Jn 14,15.21) se manifiesta en el cumplimiento de su voluntad (Jn 14,15.21.23.24); hay que notar un leve, pero importante, cambio: al inicio, Jesús se dirige a sus discípulos: *si me amáis..*; al final Jesús piensa en cualquier otro, que, por amarlo, *guarde sus mandamientos*.

El amor al Ausente se verifica en la obediencia a su voluntad y no en la nostalgia tras su desaparición. Jesús, lo admite, no se va a quedar con ellos, pero les deja su querer: la comunidad sin Jesús es el lugar del cumplimiento de sus mandatos: *si me amarais, guardaréis mis mandamientos* (Jn 14,15).

La obediencia a Jesús provoca su intercesión ante el Padre y el envío del *otro* Abogado (Jn 14,16). La misión de este Protector es idéntica a la que tuvo Jesús; en realidad, lo representa en su ausencia, mientras dure su lejanía, hasta el fin del tiempo; *estará en* los que aman a Jesús y permanecerá con ellos (14,16.17). Su función es la de garantizar la verdad entre los creyentes, como ya lo hizo el primer Paráclito (14,17; 1,14; 14,16; 15,26; 16,13); este *Espíritu de la verdad* no pertenece al mundo, permanece en la comunidad, de ahí que no sea reconocido ni recibido por el mundo. Separando y diferenciando a los creyentes del mundo, este Abogado de Jesús no actuará sino dentro del espacio mundano donde se ame a Cristo y se cumpla su voluntad.

La ausencia no crea orfandad, posibilita una presencia nueva de Jesús entre los suyos: a la promesa de un nuevo abogado, se une el compromiso de su retorno (Jn 14,18). Jesús desaparecerá del mundo, pero no a los ojos de los suyos, porque vive Él y vivirán sus videntes (Jn 14,19). Esta venida de Cristo a su comunidad no puede ser la definitiva, que será sensible (1 Tes 4,16-17; Mc 13,24-26; Lc 17,22-24), pero no es menos eficaz: los discípulos no han quedado abandonados. Juan actualiza así para su comunidad la experiencia pascual de los primeros testigos: la presencia del Resucitado se prolonga hasta el hoy de la comunidad.

El horizonte se expande: el *vosotros* comunitaria se universaliza. Cualquiera puede hacerse obediente y ser beneficiario del amor del Padre y del Hijo. El amor que guarda la voluntad de Jesús asegura el amor de Dios y la revelación definitiva de Jesús (Jn 14,21): el Padre pasa de desconocido a amante del obediente. El autor ha logrado así expresar teológicamente lo que la vida cristiana experimenta a diario: la comunidad cristiana quiere a su Señor porque hace su querer y se siente querida por Dios. “Ahora nos ama para que creamos y guardemos el precepto de la fe; entonces nos amaré para que le veamos y recibamos esta visión como premio de la fe. Nosotros también amamos ahora creyendo lo que entonces veremos, y entonces amaremos viendo lo que ahora creemos” (Agustín)

## II. MEDITAR: *aplicar lo que dice el texto a la vida*

El evangelio nos recuerda hoy las promesas que Jesús hizo a sus discípulos antes de separarse definitivamente de ellos; trataba así de prepararles para una nueva época, en la que deberían afrontar nuevos retos y asumir tareas nuevas, sin el constante apoyo de su presencia y su consejo. Bien sabía Jesús que los suyos se iban a sentir abandonados en un mundo hostil, débiles aún en su fidelidad y a solas con sus miedos. Previendo la dificultad, Jesús consoló a los discípulos que dejaba, comprometiéndose a mandarles su Espíritu: no les dejaría, pues, desamparados; no quedándose como hasta ahora le habían tenido, corporalmente, estaría a su disposición de forma nueva pero permanente, espiritualmente.

Esta promesa de Jesús nos alcanza también a nosotros hoy. A diferencia de los primeros discípulos nosotros no hemos conocido a Jesús según la carne; pero como a ellos, se nos ha prometido su Espíritu, siempre que le sigamos echando en falta en nuestro mundo, si es que nos sigue apenando su ausencia en nuestro corazón. Es verdad que nosotros hoy, a distancia de casi dos mil años y sin haber gozado todavía de la presencia directa de Jesús, difícilmente podemos siquiera sospechar lo que significa perderle; pero no es menos cierto que, como los discípulos que lo perdieron un día, también nosotros nos sentimos un tanto abandonados y nos duele el vacío de Jesús con que vive nuestro mundo hoy. Las promesas de Jesús, pues, nos atañen; escucharlas hoy es de nuevo 'evangelio', noticia realmente 'buena'.

Porque, y tal es su primera palabra de consuelo, Jesús no abandona a sus discípulos totalmente, por más que se aleje de ellos físicamente: les deja una tarea, la de *amarlo obedeciéndole*, la de quererle sin tenerle a disposición, la de seguirle sin poseerle. "Si me amáis, guardaréis mis mandamientos". Bien sabía Jesús que el peligro mayor del discípulo está en creerse que, puesto que no tiene a su Señor a su lado, está dispensado de seguir obedeciéndole. Jesús quiere que *quien lo echa de menos, lo quiera aún más*. Hacer su voluntad, aunque le percibamos algo ausente en nuestra vida, cumplir con su querer, precisamente cuando no lo sentimos muy cercano, es la forma de hacerle presente y eficaz hasta que él vuelva.

A menudo nos refugiamos en la aparente lejanía de Jesús, de nuestro mundo - y de ese gran mundo que es nuestro corazón -, para olvidarnos de su querer. Excusando nuestra desobediencia en su ausencia, no hacemos más que agrandar nuestro vacío: si le amáramos de verdad, viviríamos como Dios manda, sin importarnos mucho que todavía no lo sintamos totalmente junto a nosotros; si lo quisiéramos de verdad, convertiríamos su querer en norma de nuestra existencia, hasta tanto no venga e implante su querer en nuestro corazón. No es una buena forma de amar a quien se echa en falta el olvidarse de lo que le agrada o desobedecerle sólo porque está ausente: *la prueba de que queremos a quien nos falta es que no faltamos a su querer*. Si la voluntad de Jesús es la norma de nuestra vida no nos sentiremos abandonados a nuestra suerte; si no lo tenemos a él, tenemos al menos sus mandatos; *si no lo podemos amar a él en persona, podremos amar su voluntad*.

Pero Jesús no nos deja sólo con obligaciones. Se ha comprometido en conseguirnos de Dios un Defensor único, su mismo Espíritu, Aquél que le animó a él durante toda su vida, mientras convivía con sus discípulos y que lo llena de vida ahora con Dios, cuando vive solo para interceder por nosotros. Si nos duele no tener todavía a Jesús de forma evidente a nuestro lado, al alcance de la mano ni en nuestro corazón, podemos consolarnos con poseer ya su Espíritu. Deberíamos preguntarnos *por qué seguimos sintiéndonos tan dejados de Dios, si tenemos el mismo Espíritu que alentó a Jesús*. *Pertenece al discípulo, a quien Jesús ha dejado momentáneamente en el mundo, un abogado defensor que siempre le acompañará; pero le pertenecerá, sólo si el discípulo no se abandona al mundo, permitiendo que se enseñoree de su corazón y de su querer*.

Si nos cansamos de obedecer a Jesús y de amarlo a distancia, no podrá legarnos su Espíritu ni dejarnos defendidos: el mundo, que es, en realidad, no es más que ausencia de Dios y desconocimiento de su querer, no puede recibir el Espíritu de Jesús. Si nos decidimos a vivir según sus preferencias y sus normas, según sus modas y sus leyes, nos privamos de Jesús y de su Espíritu. ¿Y no es eso, precisamente, lo que nos está sucediendo a una mayoría de cristianos? Vivimos, en efecto, echando de menos a Dios, pero sin saber que de Él hemos recibido el Espíritu; *mientras el mundo sea nuestra patria, Dios no será nuestro hogar*. Hasta que no pongamos a Cristo y su querer en el centro de nuestras vidas, no se nos concederá su Espíritu y seguiremos sintiéndonos desamparados.

Jesús ha prometido consolación, más aún al mismo Consolador, a quien haga su voluntad. Más que preguntarse, pues, por qué no logramos vivir como cristianos totalmente a gusto, consolados por cuanto Jesús nos ha prometido y Dios ha empezado a darnos, estaría bien que nos examináramos si, en realidad, observamos su querer. *Quien es fiel a Dios se vuelve confiado; quien no duda de la promesa de Jesús no cae en la tentación de sentirse desamparado*. Si no queremos perder ya más a Dios, pongámoslo en el centro de nuestra vida: cuando su querer sea nuestra norma nos sentiremos normalmente queridos por Dios. *Cuando cumplamos con la voluntad de Jesús, nos sentiremos amados*. Estamos alejando a Dios del mundo, nosotros los creyentes, porque vivimos sin prestarle atención ni obediencia; *al no quererle en nuestro corazón, lo desterramos de nuestro mundo; y si nos sentimos solos y por Él desatendidos, es porque lo hemos abandonado y tenemos desatendida su voluntad*.

No deberíamos olvidar que, y es la tercera promesa de Jesús, él volverá. Su desaparición es temporal, su abandono momentáneo. Quienes soporten su lejanía y vivan cumpliendo su voluntad, quienes poseen su Espíritu y se sepan por Él defendidos, se sentirán siempre confortados por su inminente regreso. "No os dejaré desamparados, volveré".

Una forma de *recuperar la alegría*, aunque todavía no le tengamos junto a nosotros, es la de *esperarle sin desfallecer*. Los cristianos hoy podemos disponer de muchas cosas, pero vivimos con poca esperanza; acumulamos bienes que perecerán, intentando con ellos llenar nuestras vidas; por no soportar que nada nos falte, no sabemos vivir esperanzados. Y, sin embargo, *para quien aún espera a su Señor, todo lo que tiene es lo de menos, no logra llenar su vacío*; que nos falte lo mejor, no hace malos los bienes, personas o cosas, que poseamos, pero no los convierte en definitivos. *Vivir esperanzados supone saber que nuestro amado Señor está aún por venir y que lo que nos espera es aún mejor que cuanto ya tenemos.*

### **III. ORAR: *desear que se realice en mi lo que he escuchado***

Te nos has ido, Señor Jesús, de nuestro mundo y nos sentimos desamparados; nos atenaza tanto tu ausencia como nuestra soledad. No permitas que hagamos hogar de un mundo donde tú no estás, que no nos sintamos en casa si tú aún estás por llegar.

¡Gracias, Señor Jesús, por haberme enseñado cómo vivir sin ti sin perderte, como estar sin ti sin sentirme abandonado! ¡Gracias por darme tu querer, cuando me niegas tu presencia! ¡Gracias por hacerme saber que te tengo si guardo tu voluntad. Entregado a hacer tu querer, te sentiré presente en mi vida; mientras no te desobedezca, sabré estar amándote y eso me bastará para soportar tu ausencia en mi mundo!.

¡Gracias, Señor Jesús, por haberme dejado protegido y consolado, por haberte comprometido conmigo a darme tu Espíritu!. Quien te llenó de vida tras la muerte y te devolvió al Padre, me defiende ahora mi de mis muertes y me llevará un día a gozar de tu presencia, me habla de ti, mientras te echo en falta. ¡Gracias, Señor, eres admirable!

¡Gracias, Señor Jesús, por prometerme que volverás, que no puedes estar sin nosotros! Tu regreso anunciado llena mi desamparo de esperanza, hace más soportable su actual ausencia. Saber que vendrás me llena de nostalgia de ti. ¡Ya me estoy preparando a tu venida y eso me libra de sentirme solo! Te agradezco en el alma que pienses en que aún no me tienes y por eso vas a volver a mi.